

JUAN XXIII Y LA PREHISTORIA

En ocasión del VI Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, celebrado en Roma en agosto-septiembre de 1962, S. S. el Papa Juan XXIII, de grata memoria, recibió a los congresistas. Este acto normal y comprensible dado el lugar en que se celebraba el Congreso, tiene sin embargo una historia.

En mayo de 1950, se reunió en Italia el primer Congreso de Prehistoria Mediterránea. Fue un Congreso magníficamente organizado por nuestros colegas italianos, en el que las más destacadas ciudades y los restos arqueológicos más notables del país fueron visitados. Eramos bastantes los congresistas que opinábamos entonces que el Congreso debía visitar al Santo Padre, provocando así en cierta manera que éste nos hablase sobre la tarea de los prehistoriadores. Dada la talla intelectual, que desde un punto de vista puramente humano nadie negará a ese gran pontífice que fue Pío XII, cabía esperar criterios y puntos de vista absolutamente extraordinarios. Ello hubiera dado además ocasión a que la Iglesia, por boca de su más conspicuo representante acabase de una vez, enterrándolas para siempre, con las habladurías y exageraciones y con los enfoques bien intencionados pero mal dirigidos que en algunas ocasiones habían estado a punto de producir irremediables males al enfrentar a los prehistoriadores con el criterio de algunos altos dignatarios de aquélla.

Pero el programa ya preparado por el Congreso, ciertas resistencias por parte de algún grupo de congresistas, dificultades de última hora motivadas por los compromisos de S. S., malograron nuestros buenos deseos. Gracias a la buena voluntad de los dirigentes del Congreso, profesores Pallotino y Graziosi, algo se pudo conseguir, el que un grupo de congresistas con cuya presidencia como representante oficial del Congreso me honré, pudiera participar en la Audiencia Pública que en el magno marco de San Pedro, reunió miles de fieles el día 3 de mayo de 1950. Modesta realidad que no podía satisfacer nuestros anhelos, porque entre los miles de fieles que aclamaban al Santo Padre, una docena de prehistoriadores estaban totalmente desplazados.

Providencialmente nuestro deseo se alcanzó por un camino insospechado.

Aparte algunos congresistas extranjeros de los que recuerdo al Padre Lehmann, en el grupo estaban varios de los españoles participantes en el Congreso, entre ellos D. Emeterio Cuadrado y su esposa, las Srtas. Clarisa Millán y Josefina Marín. Cuando el Santo Padre era llevado en su Silla Gestatoria al trono, al divisar las mantillas de nuestras damas, exclamó: ¡España!, y después de pronunciar en varios idiomas una corta alocución en que citó el Congreso, se acercó a nosotros departiendo unos minutos ante la emoción de todos y las lágrimas de nuestras compañeras, minutos que yo aproveché para hablarle de nuestra asamblea. Fueron momentos de intensa emoción que al

ser relatados por nosotros ante los demás congresistas, produjeron una reacción de disgusto en muchos de ellos, por no haber podido participar en acto tan señalado.

Aún tuve la fortuna, posteriormente, el 20 de diciembre de 1952, en una visita a Roma, de ser recibido junto con mi hija M.^a Luisa por Pío XII, a quien entregué uno de mis trabajos publicado por el C. S. I. C., lo que me dio ocasión de comprobar cuán enterado estaba el Sumo Pontífice de la magnífica labor que el Consejo desarrollaba.

No es, pues, extraño que cuando se hizo cargo de la presidencia del Congreso de Roma el profesor Pallotino, recordase lo ocurrido en 1950 y con tiempo preparase una recepción del mismo por el Santo Padre. Esta fue señalada para el sábado día 1 de septiembre de 1962, para lo cual Juan XXIII retrasó su vuelta de Castelgandolfo a Roma, a fin de poder recibirnos en aquel magnífico palacio desde cuyas ventanas se domina el incomparable espectáculo del lago Albano. Naturalmente, la mayoría de los españoles que en gran número asistían al Congreso acudieron a esta especialísima recepción, y como decano de ellos, con gran gozo por nuestra parte, figuraba nuestro querido maestro el profesor Rosch Gimpera.

No esperábamos en esta ocasión, como hubiéramos podido esperar en 1950, un discurso erudito con notas científicas, pero tuvimos lo que acaso nos llegó más al alma, unas palabras cordiales, cariñosas, paternales, unos elogios que quizá no merecemos y que por lo mismo, nos hacen sentirnos más modestos, algo entrañable en una palabra.

Al día siguiente el «Osservatore Romano» reproducía el discurso que nos había dirigido Juan XXIII, en la lengua en que fue leído, en francés, y éste es el texto que a continuación reproducimos traducido al español porque creemos que merece divulgarse. Pero, una vez leído, el Sumo Pontífice, habló *ex abundantia cordis* durante mucho rato, con palabras cariñosas, y con oportunos consejos, y por desgracia esas palabras que nadie pudo recoger, fueron las últimas que Juan XXIII tuvo ocasión de dirigir a un grupo de prehistoriadores.

He aquí el texto de su discurso:

« Queridos Sres.:

Hemos accedido muy gustosamente al deseo expresado en vuestro nombre por vuestro Presidente, el profesor Massimo Pallotino, miembro ilustre de Nuestra Academia Pontificia de Arqueología, al cual estamos contentos de ver entre vosotros, y es con gran placer que os recibimos con motivo de vuestro VI Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas.

Nos es muy grato el daros a todos la bienvenida a Nuestra casa y felicitaros por la amplitud de vuestro Congreso. Viendo la lista de participantes que habéis tenido la amabilidad de remitirnos, hemos podido comprobar que representáis al mundo entero, Africa, Asia, América y Europa, así como a todas las ramas de la Prehistoria y de la Protohistoria. También hemos ojeado con interés, dentro de los estrechos límites de tiempo de que disponemos, el volumen de las relaciones generales que nos fue enviado y en donde se hallan importantes comunicaciones científicas, objeto de fructíferos intercambios de puntos de vista en este Congreso: contribuciones metodológicas y nuevas aportaciones sobre los orígenes de las más antiguas civilizaciones.

¡Cuán emocionante es, queridos señores, este esfuerzo que realizáis con éxito y que tanto os honra, por descifrar los más mínimos rastros que nuestros más lejanos antepasados dejaron de su paso por nuestro Planeta, y para deducir de ellos el contenido inteligible, a pesar del carácter muy fragmentario de las fuentes arqueológicas de que disponéis, y las grandes dificultades de su exacta interpretación!

Y os lo decimos en dulce confianza: Hemos quedado asombrados en nuestra lectura, por la prudencia que guía vuestros análisis, y más todavía, por las formulaciones sintéticas a las que os conducen y que frecuentemente no planteáis más que como hipótesis de trabajo, que han de ser rechazadas o confirmadas por las nuevas investigaciones. Y por el mismo progreso en la exploración de regiones hasta ahora poco conocidas por sus vestigios prehistóricos y protohistóricos que, haciéndoos descubrir en territorios vecinos la existencia de formas de civilización más desarrolladas junto a otras más primitivas, provoca dudas y engendra discusiones entre los especialistas, que os conducen a modificar las clasificaciones establecidas hasta aquel momento y a introducir matices en un desarrollo, que una ciencia menos informada presentaba de una manera más rectilínea.

Permitid que os felicitemos, queridos Sres., por esta lealtad que tenéis en la rebusca, por esta modestia que inspira vuestras conclusiones, por esta cooperación que une pacíficamente vuestras ideas, y por el dinamismo que inspira vuestros pacientes esfuerzos para hacer inteligibles los más insignificantes datos fragmentarios de orden arqueológico, lingüístico, etnográfico y antropológico, que reunís con amor. ¿Cómo, pues, permanecer insensible al espectáculo reconfortante que nos dáis de un esfuerzo común, más allá de las diversas culturas y tradiciones que son las vuestras, para buscar las mismas raíces de la civilización, testimonio esplendoroso de los sentimientos de fraternidad y digna manifestación de la solidaridad que reúne a todos los miembros de la gran familia humana?

Vosotros rendís de esta manera homenaje al Creador que hizo al hombre «a su imagen y semejanza (Gén. 1, 26), dotándole de esta inteligencia creadora, de la cual vosotros os esforzáis en encontrar las manifestaciones y desarrollo en todos los aspectos de la actividad humana: política, económica, cultural y religiosa, desde la familia a la ciudad. ¡Esplendoroso triunfo del espíritu sobre la materia, sin duda, pero cuán precario si se piensa en las civilizaciones olvidadas y las metrópolis desaparecidas, a consecuencia de tremendas catástrofes!

Vuestro noble ideal, queridos Sres., eminentes especialistas en la Prehistoria y la Protohistoria, es hacer revivir estos mundos del pasado, marcados por la impronta de los primeros hombres.

En cuanto a Nos, queridos y distinguidos Sres., Nos sentimos felices de pasar algunos instantes con vosotros, y teniendo en la mano, por así decirlo como vosotros, la antorcha de vuestras investigaciones y de vuestras comprobaciones científicas a través de milenios y milenios. Nos complace vivamente compartir este gusto que sentís por el misterio del espesor de los tiempos y por los descubrimientos de la Prehistoria y la Protohistoria. Como comprendéis bien, el creyente ve en ellos una marcha segura, *ab initio et ante saecula*, hasta el punto de llegada luminoso: el Cristo, el Verbo Dios hecho Hombre, que dice y repite a los siglos que

L. PERICOT

le han precedido y a aquellos que le siguen, «Yo soy la luz del Mundo, quien me siga, no marchará entre las tinieblas, pues hallará la luz de la vida». *«Ergo sum lux mundi. Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae».*

Nobles y queridos amigos de la verdad y la investigación científica, permitidnos daros las gracias, una vez más, por haber, amablemente, venido a visitarnos a esta residencia de Castel Gandolfo, con motivo de vuestro sexto Congreso Internacional.

La Iglesia, amiga de las Ciencias, se alegra de todas las nuevas adquisiciones que son el fruto de vuestras sabias y desinteresadas investigaciones. Nos es muy grato pedir para todos vosotros, para vuestros familiares y para vuestros trabajos, en prueba de Nuestra paternal vigilancia, la abundancia de las Gracias Divinas al concederos Nuestra Bendición Apostólica».

En tales palabras está el reconocimiento de la admirable labor de la ciencia prehistórica moderna. Era como el espaldarazo que la Iglesia daba a nuestra actividad. Era también, al mismo tiempo, un consejo de prudencia. Y un punto de meditación para cuantos cultivamos una ciencia de tan sensacionales atisbos y de tan precarias hipótesis.

L. PERICOT



Su Santidad Juan XXIII, recibe a los arqueólogos

